

## Reseñas

HUBERTO JUÁREZ NÚÑEZ, *Allá... donde viven los más pobres: Cadenas globales-regiones productoras en la industria maquiladora del vestido*, México, Universidad Obrera de México/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Universidad de Guadalajara/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004, 279 pp.

JOSÉ ANTONIO ALONSO HERRERO\*

En el momento en que redactamos la reseña del libro *Allá... donde viven los más pobres*, cuyo autor es el destacado economista Huberto Juárez Núñez, investigador de la Universidad Autónoma de Puebla —autor, además, del libro *Tehuacán: del calzón de manta a los blue-jeans* (2003), escrito en colaboración con la Red de Solidaridad de la Maquila (Canadá)—, es ineludible referirse a la grave crisis político-jurídica que se ha desatado a principios de enero de 2006 en el estado de Puebla. El libro mencionado destaca tanto por su rigor científico, como por ser un antecedente obligado para captar en toda su extensión las dimensiones de dicha crisis, anunciada desde hace meses y que puede alcanzar niveles insospechados. Hoy, cinco de enero de 2006, ha sido condenado formalmente a prisión Martín Barrios Hernández, presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Laborales del Valle de Tehuacán. Los actores involucrados en este drama laboral pertenecen a todos los estratos de la sociedad poblana: desde los humildes indígenas hasta el gobernador del estado, pasando por los empresarios textiles y maquiladores de Tehuacán (véase el periódico *Síntesis*, Puebla (México), 3 de enero de 2006) y, obviamente, Martín Barrios.

Nada mejor para comprender las dimensiones reales de este conflicto que acercarnos con ánimo crítico al libro de Huberto Juárez. Expondremos, en primer lugar, una apretada síntesis de sus cinco capítulos y después procederemos a comentar nuestra interpretación personal, nacida ante todo de una visión sociológica del tema de la maquila en México.

En el mes de enero del año 2003 Juárez Núñez comenzó la última fase del trabajo de campo en la región de Tehuacán (Puebla). No obstante, su interés por la industria textil y del vestido surgió a principios del año 2000, cuando el autor detectó

\* Universidad de las Américas, Puebla.

que la crisis capitalista de los años setenta había descapitalizado a la industria manufacturera de México. Un factor crucial, concretamente relacionado con las exportaciones textiles mexicanas, fue la reestructuración de la industria textil estadounidense. En consecuencia, y en referencia más específica a la industria de la confección, muy ligada a la textil, la revitalización de la industria del vestido en México dependió de un factor exógeno: la reestructuración de la industria del vestido en Estados Unidos. Gracias a la maquila internacional, las industrias textil y del vestido mexicanas se engarzaron a “las cadenas globales, dominadas por grandes empresas comercializadoras y fabricantes en los países con alto desarrollo” (p. 18). De ahí que, asegura Juárez, en 1997 México fuera el principal productor de prendas de vestir para el mercado norteamericano, desplazando a los productores de Asia.

El resultado obvio de esta nueva estrategia maquiladora fue la proliferación en diversas regiones de México de numerosas empresas subcontratistas. Entre estas regiones destacan la zona de Tehuacán y las comunidades aledañas, las cuales experimentaron un crecimiento inusitado en cuanto al número de empresas maquiladoras. Hay que subrayar, sin embargo, que estas cadenas asentadas a horcajadas en ambos lados de la frontera entre México y Estados Unidos surgieron “prácticamente al margen de la estructura regional existente”.

La estructura industrial generada en Tehuacán abarca una gran complejidad de niveles organizativos, que va desde las plantas formalmente instaladas, a las que se subordinan las pequeñas y medianas empresas de capital mexicano, hasta las microempresas informales, sin olvidar lo que Juárez Núñez califica como el regreso del trabajo a domicilio. Porque, en definitiva, “trabajar en la maquila se volvió un asunto de los más pobres” (p. 20). El desarrollo de la industria maquiladora en Tehuacán no fue inmune a los ciclos económicos que afectaron a la industria textil y del vestido de Estados Unidos. La dinámica de las fases de expansión y de desaceleración estadounidenses tuvo un reflejo inmediato en el desarrollo de las empresas maquiladoras de Tehuacán, cuyas repercusiones a veces críticas afectaron tanto a los empresarios mexicanos como a los trabajadores.

Juárez Núñez analiza esta complicada temática a lo largo de cinco capítulos. El capítulo primero presenta el panorama de la reestructuración del sistema capitalista mundial, como primer paso imprescindible para comprender la ubicación de las maquiladoras mexicanas en ese proceso. El aspecto clave consiste en comprender las nuevas estrategias de relocalización emprendidas por las industrias norteamericanas desde los años setenta como un factor básico para entender el funcionamiento del sistema capitalista actual. Las cadenas productivas internacionales que surgen en esa época disfrutaban de las ventajas de un régimen discriminatorio impuesto al alimón por el gobierno y las empresas transnacionales en beneficio de Estados Unidos. En esa época surgen diversos acuerdos internacionales, tales como el GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) y el AMF (Acuerdo Multifibras), los cuales no impiden que se considere a la industria del vestido como una industria de excepción, es decir, “a contrape-lo de los lineamientos de liberalización comercial que pretenden hacerse válidos para regiones y países que buscan insertarse en los circuitos económicos que generan los grandes mercados” (p. 27). Una observación crucial para entender el comporta-

miento de la maquila en México se refiere a los cambios experimentados en ese periodo por las diversas regiones productoras. Mientras que los *tigres* asiáticos supieron usar las maquilas de los años cincuenta y sesenta para lograr el *industrial upgrading* de sus manufacturas nacionales, México no ha sabido aprovechar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte para generar su propia industria textil y del vestido.

Esta observación permite comprender mejor el contenido del capítulo segundo, en el que se presenta la evolución reciente de la industria mexicana del vestido. En efecto, gracias a las nuevas reglas para la maquila promulgadas en México a partir de 1989, la producción textil y del vestido en nuestro país se convierte en estrictamente maquiladora. El impacto de esta estrategia industrial afecta de manera diversa a las distintas regiones del país, como lo muestran las cifras oficiales sobre el empleo, el desempleo y la pobreza.

En el capítulo tercero el análisis se centra en la región de Tehuacán. La industria del vestido adquiere allí dimensiones antes desconocidas. Los trabajadores de los sectores formal e informal superan los 65 000, sin contar los talleres domiciliarios ni la participación infantil. Puede afirmarse que a Tehuacán llegó la modernidad (aunque periférica, me permito añadir) con sus rasgos capitalistas tradicionales: se adopta el sistema japonés de producción y surgen nuevas figuras laborales. Sin embargo, los salarios siguen siendo insuficientes y, con la llegada de China y de Centroamérica, se considera agotado el ciclo de la aparente bonanza. La solución, como explica el autor, fue que los empresarios (periféricos, insisto) detectaron que el origen de la crisis se encontraba en los altos salarios (p. 126). Era imprescindible bajar aún más los salarios para poder competir con China y con Centroamérica. A pesar de todo, la crisis continuó y una de sus víctimas fue la delegada del Seguro Social, quien fue despedida. No obstante, la crisis se intensificó, pues su origen no estaba en los obreros, ni en los representantes del gobierno que pretendían aplicar la ley, sino en la ruptura de las conexiones empresariales con las empresas estadounidenses. La pregunta crucial era si podían reintegrarse las cadenas maquileras creadas en los años anteriores (p. 139). El dilema consistía en seleccionar entre dos opciones contrapuestas: o buscar el paquete completo que abarcara tanto la industria textil como la del vestido, o reforzar los intereses maquiladores e internacionales, acrecentando la dependencia de las empresas transnacionales estadounidenses. De ahí que Juárez Núñez explique nítidamente que los empresarios (respaldados por el gobierno, se podría añadir) confiaran más en la demanda estadounidense que en el mercado nacional: “los empresarios comprendían que integrar la cadena regionalmente significaba entre otras cosas estar fuera de los incentivos de los programas que están relacionados con importaciones temporales como el programa PITEX, las regulaciones AMF, el anexo 300B, es decir, de todas las facilidades vinculadas a los aranceles de importación/exportación y relativamente al margen de impuestos internos como el IVA y el ISR” (p. 139). Así, la estrategia del lado mexicano se subordinó a los nuevos intereses de las marcas comercializadoras estadounidenses que controlan el proceso de producción a nivel internacional.

El resultado final es que en México, y por ende en Tehuacán, se cancela el proyecto de “paquete completo”. Precisamente, el renovado interés de las empresas esta-

dounidenses por México y Centroamérica se debe, en parte, a que ya no podían manipular como hace varias décadas a los países del Extremo Oriente, pues éstos ya han desarrollado sus propias industrias nacionales. Las consecuencias negativas se incrementan en todos los niveles: la contaminación de las aguas y la ambiental alcanzan niveles de desastre ecológico; disminuyen inmisericordemente los salarios de los trabajadores, quienes cada día padecen más robos; las denuncias laborales se generalizan y los conflictos se tornan inevitables. La contraparte es el fortalecimiento de los “barones capitalistas”, en donde no falta el llamado “rey de la mezclilla”, Kamel Nacif Borge (p. 171). En definitiva, a los indígenas de la región no les quedó más remedio que optar por unas condiciones de vida intolerables o emigrar a Estados Unidos. Su situación es analizada con más detenimiento en el cuarto capítulo, dedicado a la región de Ajalpan y a la Sierra Negra. Aquí se describe la estructura productiva regional generada en el último decenio: en primer lugar, sobresalen los grupos transnacionales, comandados por Estados Unidos; en segundo lugar, las pequeñas y medianas empresas mexicanas orientadas al mercado nacional; en tercer lugar, las empresas informales que sobreviven gracias a la submaquila y a los mercados regionales y locales. Las referencias al trabajo a domicilio no faltan, pero tampoco son suficientes para detectar toda la complejidad de su integración al nuevo sistema industrial.

El último capítulo es, ante todo, un diagnóstico del proceso de industrialización analizado en los capítulos previos con el objetivo de predecir lo que ocurrirá con la industria textil y del vestido en la región de Tehuacán a corto y mediano plazo. El punto de arranque consiste en una afirmación que compartimos plenamente: la vulnerabilidad creciente del sistema maquilador en México no se debe, en primer lugar, a la competencia desleal de China, como insisten las cámaras patronales. En palabras del autor, los chinos no son los verdaderos villanos (p. 241). Hay que buscar la explicación en las estrategias políticas e industriales generadas por las élites políticas y empresariales de México. A diferencia de los países que han desarrollado su propia industria nacional, como Corea del Sur, las élites poblanas han preferido maquilar antes que entrar en competencia con el capital transnacional. ¿Por qué no desarrollar marcas propias para entrar al mercado de Estados Unidos?, se pregunta el investigador (p. 244). La respuesta es que fue más cómodo no enfrentar a “las cadenas globales dirigidas por el capital comercial transnacional”, como sugiere el sociólogo estadounidense Gary Gereffi. En definitiva, buscar salarios cada vez más bajos no es la solución. Si las élites políticas y empresariales poblanas siguen aferradas a la maquila es porque todavía creen en la ortodoxia económica dominante, propalada por el FMI, el Banco Mundial y los economistas monetaristas creadores de las recetas neoliberales. Llegados a este punto, creemos adecuado el momento para esbozar nuestra opinión crítica de la excelente investigación coordinada por Huberto Juárez en colaboración con los estudiantes de la UAP.

En síntesis, el libro de Juárez Núñez se impone entre la inmensa bibliografía actual sobre el tema de la maquila en México como uno de los aportes imprescindibles para captar el impacto de las estrategias neoliberales en México a nivel regional. Nadie interesado por los estudios regionales y por el desarrollo reciente de la industria textil y del vestido en el bloque norteamericano puede desconocer el aporte fundamental de Huberto Juárez. Este autor ha sabido conjuntar la profundidad teórica con

el rigor de la investigación empírica. Sus afirmaciones tienen una sólida base apoyada en el trabajo de campo lento, serio y riguroso.

Por nuestra parte, coincidimos con su interpretación de que la incapacidad de la industria mexicana textil y del vestido para llevar a cabo el *industrial upgrading* no se debe achacar, en primer lugar, a los chinos o a la mismas empresas transnacionales. Sin embargo, creemos que su énfasis, un tanto unilateral en el desarrollo independiente del capital comercial actual, capaz de sujetar a su lógica interna las estructuras productivas, requiere al menos un mayor análisis histórico-comparativo para precisar con más rigor el papel desempeñado por el sector comercial en las distintas fases del desarrollo capitalista.

Esta revisión histórica, a su vez, debe encuadrarse —en nuestra opinión— en el marco teórico sustentado en la escisión capitalista entre el centro y la periferia. Esta teorización, proveniente de diversas escuelas (cepalina, neomarxista, wallerstiniana), puede dar la clave para comprender mejor ese extraño concepto al que recurre Huberto Juárez cuando afirma que “ese gen económico inculca una debilidad *per se* a los agrupamientos industriales dominados por los grandes comercializadores” (p. 251). Esa misteriosa debilidad de los empresarios tehuacanenses no es sino una manifestación más —de profundas raíces iberoamericanas e hispanas— de esa tendencia por la cual las élites manufactureras de nuestros países se han visto sometidas por los intereses comercializadores. En definitiva, a través de la historia los comerciantes exportadores de materia prima se han impuesto a las élites manufactureras, interesadas en aumentar el valor agregado de sus productos. Recordemos que la actual maquila internacional no es más que una manera disfrazada de exportar la principal materia prima de un país que es la fuerza de trabajo. De esta manera se fortalecería, aún más, la conclusión de Huberto Juárez de que el regreso del PRI en Tehuacán —como lo confirma, por lo demás, la reciente agresión política de alto nivel sufrida por Martín Barrios Hernández— no es más que una versión renovada de la miopía secular de las élites ibéricas e hispanoamericanas.

JANET M. BOX-STEFFENSMEIER y BRADFORD S. JONES, *Event History Modeling: A Guide for Social Scientists*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, 218 pp.

LEÓN DARÍO PARRA\*

Población y tiempo son algunos de los elementos que regularmente se toman en cuenta en la investigación social para describir y analizar lo que acontece con un evento particular. A menudo la curiosidad del investigador lo lleva a preguntarse sobre la procedencia histórica del fenómeno que analiza, y cómo éste cambia de un estado a

\* Flacso-Sede México.

otro a lo largo del tiempo, teniendo así un momento de inicio y uno final que definen la trayectoria de lo que se va a estudiar. No obstante, la gran mayoría de técnicas estadísticas utilizadas en las ciencias sociales asume la variable tiempo como algo constante o exógeno al modelo planteado, induciendo al investigador a adoptar supuestos poco realistas que atan la investigación a un enfoque de tipo transversal.

Box-Steffensmeier y Jones, en su libro *Event History Modeling, a Guide for Social Scientists*, presentan una serie de modelos estadísticos que involucran la variable tiempo como componente central, y que se pueden ajustar al interés particular de cada investigador y a los datos con los que cuenta. En estos modelos se observa la relación entre la variable dependiente, que en este caso es la duración en tiempo antes de experimentar un evento, y las variables independientes o “covariantes” que pueden estar asociadas a la ocurrencia del fenómeno analizado. Dicha relación se encuentra mediada por el riesgo de manifestar el evento, o lo que es análogo, la propensión de que cada caso examinado pueda transitar de un estado a otro. Ello implica contar con una base de datos completa que suministre toda la información de interés para todos los elementos estudiados a lo largo del tiempo. No obstante, puede suceder que esto no se dé, o que el tiempo de exposición a experimentar el evento, en algunos de los casos observados, sea superior al periodo de análisis escogido por el investigador, en cuyo caso se tendría el problema de casos censurados y trucados.

Los autores resaltan la importancia de aclarar qué se entiende por caso censurado o trucado antes de abordar los modelos estadísticos que permiten analizar historias de eventos o de sobrevivencia. En efecto, si algunas de las observaciones que se están trabajando no cuentan con información en algunos aspectos específicos, y aparecen como “datos perdidos” en la base de datos, se tendría el problema de casos censurados, lo cual afectaría proporcionalmente los resultados que se van a obtener, porque se estaría asumiendo como supuesto que estos casos se comportan de manera similar al conjunto de las demás observaciones. Por otro lado, cuando los datos se observan para un periodo determinado, es posible que algunos de los casos experimenten el evento en un lapso superior al escogido por el investigador, por lo que no se contaría con la información suficiente para observar su trayectoria completa. Tales “casos trucados”, al igual que los censurados, afectarían los resultados obtenidos en la investigación y las inferencias que se hagan para el conjunto de las observaciones.

Teniendo claros los conceptos de censurado y trucado, Box-Steffensmeier y Jones explican que la esencia de los modelos de historia de eventos radica en calcular una función de sobrevivencia denotada por la probabilidad de sobrevivir al evento  $x$  durante un tiempo determinado, conocer la tasa de riesgo de experimentar el evento, y saber su asociación con las variables independientes o “covariantes” seleccionadas. Una vez que se tiene claro cuál será el evento a observar, el periodo de tiempo que se tomará como referencia, y las variables independientes que se introducirán en el modelo, el investigador debe analizar el tipo de distribución de la función que va a utilizar, la cual se encuentra estrechamente relacionada con la forma en que se asume la variable tiempo —discreta o continua—.

La selección del modelo de regresión para el análisis de sobrevivencia depende del tipo de exploración que vaya a efectuar el investigador, existiendo varias posibi-

lidades de elección, de acuerdo con el supuesto que se desee asumir con respecto a la tasa de riesgo de experimentar el evento y los cambios de las variables independientes en función del tiempo. En resumen, podrían definirse tres tipos de modelos: el modelo de Cox de riesgos proporcionales que asume como supuesto que la tasa de riesgo de experimentar el evento es proporcional a todos los intervalos de tiempo; los modelos de tiempo discreto en los que se analiza la función de supervivencia para intervalos específicos de tiempo, y se calcula la probabilidad de sobrevivir al evento en un periodo acotado, y los modelos de tiempo continuo en los cuales tanto la función de supervivencia como la tasa de riesgo varían conforme va transcurriendo el tiempo de manera continua.

Box-Steffensmeier y Jones resaltan que al seleccionar el modelo y las variables que se van a incluir en el análisis se debe tomar en cuenta el tipo de relaciones que se quieran encontrar en los datos: si se desea estudiar en detalle la asociación entre la tasa de riesgo y las variables independientes, es pertinente utilizar un modelo de Cox. Pero si se dispone de información en tiempo discreto, es recomendable utilizar el modelo que se ajuste a ello. Finalmente, se tendría que ver si las covariantes pueden clasificarse como de carácter endógeno o exógeno al modelo, es decir, si influyen directamente en la función de supervivencia o si su impacto puede explicarse a través de otros elementos.

En síntesis, los modelos de historia de eventos son una herramienta de gran utilidad para el científico social pues le permiten incluir la variable tiempo en sus análisis, y ver en qué medida varía el riesgo asociado a experimentar un evento con respecto a las covariantes introducidas. No obstante, los autores hacen dos advertencias en cuanto al manejo metodológico y teórico de estas técnicas: primero, tener muy claro si el evento a estudiar es un suceso simple (que ocurre sólo una vez), o si se trata de sucesos reiterables, en cuyo caso se tendría que aplicar técnicas estadísticas para eventos múltiples que analicen el alto grado de heterogeneidad asociado a este fenómeno; segundo, los análisis de supervivencia requieren de una profunda investigación teórica que respalde la inclusión de las variables independientes que influyen en la ocurrencia del evento, y que se sepa si éstas se manifiestan de manera exógena o endógena al modelo.

En mi opinión, las técnicas descritas por Box-Steffensmeier y Jones le permiten al investigador conocer de cerca no sólo el evento que estudia sino también su procedencia histórica, el riesgo de cada caso a experimentar el evento y las variables asociadas a ello. Más importante todavía, permiten ver como un todo a un conjunto de relaciones que varía a medida que transcurre el tiempo. No obstante, saber las implicaciones de los supuestos establecidos para cada modelo, conocer sus limitaciones estadísticas y ventajas inferenciales, y entender la lógica de los resultados arrojados por los coeficientes, son la clave para que una herramienta tan útil como ésta refleje lo que el investigador desea proyectar, tanto a nivel teórico como empírico.

ADRIÁN SOTELO VALENCIA, *América Latina. De crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*, México, Plaza y Valdés, 2005, 254 pp.

CARLOS MALLORQUÍN\*

Habría que preguntarse por qué y para qué leer este libro. Varias reflexiones podrían sustentar la importancia de leerlo y discutirlo. Una de ellas plantearía que hace posible evaluar y tomar decisiones estratégicas en materia de política económica distintas a las que propone el libro. Otra igualmente importante es que aboga por lo fundamental que es conocer la historia del pensamiento latinoamericano para poder construir alternativas para enfrentar nuestros problemas sociales y políticos actuales y, con ello, tal vez ayudarnos a no repetir algunas de nuestras equivocaciones en materia de estrategia política.

El libro presenta la confluencia de una gran variedad de discursos que hicieron posible lo que se llamó la “teoría de la dependencia”, la cual, como insiste el autor, debe recuperarse bajo la vertiente que denomina marxista. También es una fuente sumamente valiosa para conocer una serie de concepciones teóricas sobre la conformación de nuestras sociedades así como de su evolución, y que actualmente, por desgracia, las jóvenes generaciones apenas conocen.

Además de ser útil porque nos presenta el panorama teórico de posguerra sobre las concepciones de lo social, rescatando a los teóricos latinoamericanos más renombrados, recupera y evoca toda esa multitud de sonidos y furias tan característicos de los años cincuenta, sesenta y setenta, es decir, su particular cacofonía. Esto lo realiza a la manera del ventrílocuo, dejando que la época y sus textos hablen a través de su pluma, estrategia contrastante con la pulcritud y asepsia discursiva que encontramos en la presentación que realizan los profesores Cristóbal Kay (*Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Londres, Routledge, 1989) y Jaime Osorio (*Las dos caras del espejo, ruptura y continuidad en la sociología Latinoamericana*, México, Triana Editores, 1995) en sus libros sobre temas afines, sin demérito para ninguno.

También es de resaltar que el libro constantemente nos incita a que examinemos nuestro vocabulario teórico, y a que repensemos las actuales políticas económicas a las que, hasta recientemente, nos han tenido acostumbrados nuestros gobiernos, salvo algunas excepciones.

Es cierto que el autor pone énfasis en una vertiente que llama “teoría marxista de la dependencia”, algo sobre lo que volveremos más adelante. Pero, por lo pronto, es importante resaltar el historial teórico que Sotelo describe y que aparentemente culmina en dicha corriente teórica. Así, después de la “Introducción” y un breve primer capítulo (“Teoría y realidad en el pensamiento social latinoamericano”), sigue otro (“Paradigmas y corrientes teóricas del pensamiento latinoamericano, 1950-2005”) cuya extensión supera en páginas a los demás capítulos del libro y donde encontra-

\* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



mos una gran variedad de paradigmas o corrientes teóricas que se presentan a partir de las ideas de W. Rostow sobre el desarrollo del capitalismo. Igualmente, podemos identificar la presencia de la noción del dualismo estructural, tanto en su versión más tradicional y cercana al evolucionismo de J. Lambert, como en la que aparece en la obra de A. Quijano; asimismo, encontramos las concepciones de G. Germani sobre la evolución y cambio de nuestras sociedades. Tampoco podía faltar el desarrollismo, el de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y sus medios hermanos, tipificados como “neodesarrollismo” y lo que el autor denomina “endogenismo”, para observar a vuelo de pájaro lo que se conoce como “neogramscianismo de izquierda” y de “derecha”. Por último, en ese segundo capítulo, se presenta la derrota de gran parte de dichas posturas por medio de la embestida neoliberal en la década de los años ochenta y el resurgimiento de ideas cepalinas sobre el desarrollo, denominadas por sus actores más importantes como “neoestructuralismo”.

En el transcurso del capítulo pocas son las concepciones teóricas que salen bien libradas; tanto la corriente posmodernista, la poscolonialista, así como el posoccidentalismo llevan el estigma de desconocer la “heterogeneidad” del pensamiento latinoamericano. Incluso el “sistema mundo” de I. Wallerstein, que parecería estar cerca de la concepción del capitalismo mundial sustentada por Sotelo, solamente podría servir a la “teoría marxista de la dependencia” (TMD) como una fuente de “intercambios” de sus conocimientos valiosos (p. 156), pero sin desviarla de sus objetivos teóricos centrales.

El tercer capítulo (“Crisis teórica: neoliberalismo y globalización”) da por sentado que la crisis teórica y política en América Latina se debe a la apabullante hegemonía del pensamiento neoliberal, lo cual nos conduce al cuarto capítulo (“Surgimiento y estructura de la TMD”) donde el rescate de la teoría marxista de la dependencia aparece como una de las fuentes más importantes para superar dicha crisis. Pero dada la variedad de autores que en algún periodo de su existencia se denominaron “dependentistas”, el autor se concentra aquí en aquellos aspectos teóricos y en las paternidades conceptuales de la vertiente que se denominaría marxista, en contraste con otras versiones de la misma época y cuyos parentescos serían otros.

En el quinto capítulo (“El horizonte de la teoría de la dependencia en el siglo XXI: crisis, paradigmas y valoraciones”) vemos que el héroe intelectual más importante de esta corriente es Ruy Mauro Marini. Aquí Sotelo se dedica a puntualizar interpretaciones erróneas y de mala fe realizadas por algunos de sus críticos. No obstante, y con las consabidas consecuencias negativas de sintetizar algo imposible, diríamos que lo que diferencia a Marini de otros dependentistas es el uso o la construcción (a lo cual volveremos más adelante) del concepto de Marx de la “superexplotación del trabajo” o “superplusvalía”. Finalmente en las “Conclusiones”, el autor nos invita a repensar la teoría de la dependencia marxista y ha regenerar otras perspectivas e ideas que nos podrían liberar de la globalización neoliberal imperante.

Pero si inicialmente hablamos sobre el vocabulario que el libro presenta, también con ello se resucitan problemas teóricos que no han quedado resueltos. La idea misma de contraposición entre “reforma” y “revolución” o anti-capitalismo —para entrar ya en aspectos de una crítica— reitera viejas dicotomías que no permiten plantearnos claramente un proyecto político social inclusivo.

Las formidables críticas al funcionalismo y a otras corrientes teóricas se olvidan cuando se plantea que el capitalismo se reproduce mundialmente sin impedimento alguno, y se presume que la globalización es, en los hechos, una realidad.

El autor cuestiona una gran serie de concepciones por su aparente “eclecticismo”, lo cual supone que la reforma de la “teoría marxista de la dependencia” puede realizarse sin la incorporación de conceptos de otros discursos. ¿Acaso no tenemos que superar a Marx en todo esto? ¿No existen otras fuentes de inspiración socialista? Creo que la propia historia teórico-política que Sotelo presenta es fiel reflejo del hecho de que las luchas sociales no se darán de manera sistemática por agentes sociales o actores sociales preconstituidos, y que su conformación es parte de un proyecto político que luche contra las desigualdades del capitalismo.

Finalmente, el problema central que se plantea en la obra es la recuperación del concepto de la “superexplotación del trabajo”, pues *una* lectura posible de Marx dice que ese fenómeno es solamente pasajero, ya que las propias tendencias de igualación de la tasa de ganancias lo eliminaría; pero, por lo dicho anteriormente, ¿debemos tomar tal concepto como aparenta cierta lectura de Marx? No de manera absoluta, que fue precisamente lo que hizo Marini; cuestionó esa noción y la interpretó a su manera, pero entonces ya no podemos defender ni sostener las herramientas conceptuales de la economía política clásica; esos elementos denominados bajo el rubro de la “superexplotación” se convierten entonces en aspectos de ciertas relaciones sociales contra los cuales debemos luchar. Esto supone a su vez que no haya *sistema* en sí, y que las condiciones de existencia de las relaciones sociales no puedan generalizarse, como supondría la concepción del valor en Marx o la economía política clásica, por lo cual la reforma de las condiciones sociales en que trabajan las mujeres y los hombres son susceptibles de transformación en sus *locus* específicos.

Lo que debe cuestionarse es la noción de “sistema” como una totalidad organizada, al igual que en el funcionalismo. Ello hace posible proponer una diversidad de estrategias para limitar el uso del dinero —unidad de cuenta—, para producir efectos sociales específicos: reducir su radio de acción. El dinero no tiene una función de representación, ya sea del “trabajo” o de las “utilidades subjetivas” como en la teoría marginal. La unidad de cuenta (el dinero) y su “valor” son producto de una serie de instancias de poder, lo cual supone una política de estado para regularlos.

Es en este sentido que yo asumo plenamente lo dicho por Sotelo: “La fuerza de la teoría renovada y puesta al servicio de los pueblos y de la ciencia es el único camino que permite construir colectivamente un nuevo orden económico social y humano mundial, sin explotación” (p. 321); pero creo que debemos estar dispuestos, en parte, a volver a los textos clásicos de algunos de nuestros maestros latinoamericanos, lo cual no significa “retroceder” pero sí proponer la propia superación de los mismos (a imagen de Hegel) por medio de nuestra reflexión y nuestras condiciones de existencia particulares.